

Mi hermano Walter

Mi hermano Walter está deprimido. Lo visitamos con mi mujer todas las noches, cuando volvemos del trabajo. Compramos algo de comer —le gustan mucho las papas fritas con pollo— y le tocamos el timbre alrededor de las nueve. Atiende enseguida y pregunta ¿Quién es...? Y mi mujer dice ¡Nosotros! Y él dice ah... y nos deja entrar.

Una decena de personas lo llaman por día para ver cómo está. Él levanta el tubo con esfuerzo, como si pesara una tonelada, y dice:

—¿Sí?

Y la gente habla como si mi hermano se alimentara de estupideces. Si le pregunto quién es, o qué quieren, él es incapaz de responder. No le interesa en lo más mínimo. Está tan deprimido que ni siquiera le molesta que estemos ahí, porque es como si no hubiese nadie.

Algunos sábados mi madre y tía Claris lo llevan a las fiestas de adultos del salón, y Walter se mantiene sentado entre cumpleañeras cuarentonas, despedidas de solteros y recién casados. Tía Claris dice que cuanto más deprimido está Walter más feliz se siente la gente que está alrededor. Lo que hay que aceptar, es verdad, es que desde que Walter está deprimido las cosas en la familia están mejorando. Mi hermana finalmente se casa con Galdós, y en la fiesta mi madre conoce, en un grupo de gente que bebía champagne y lloraba de la risa en la mesa de mi hermano, al señor Kito, con el que ahora duerme todas las noches. El señor Kito tiene cáncer pero es un hombre con mucha energía. Además, resulta ser el dueño de una gran compañía de cereales y amigo de la infancia de tía Claris. Galdós y mi hermana compran una granja lejos de la ciudad, y tomamos la costumbre de pasar ahí los fines de semana. Mi mujer y yo vamos a buscar a Walter el sábado a primera hora y para el mediodía ya estamos todos en la granja, esperando el asado con una copa de vino y esa felicidad inmensa que dan los días de sol al aire libre. Un único fin de semana faltamos porque Walter está engripado y se niega a subir al coche. Yo siento que tengo que avisar al resto que él no va a ir, así que empiezan a cruzarse las "llamadas en los celulares y para la hora en la que Galdós empieza a servir el asado ya todos renunciaron a la salida.

Ahora tía Claris sale con el capataz de la granja y somos pares en la familia, menos Walter, claro. Hay una silla cerca de la parrilla, que él eligió el primer día que lo llevamos, y de la que no se levanta. Tratamos siempre de mantenernos alrededor, para animarlo o hacerle compañía. Nos reímos mucho, y felicitamos a Kito porque su cáncer ya está casi curado, a

Galdós por la rentabilidad de la granja, y a mi madre porque, simplemente, la adoramos. Escuchamos sonrientes a mi hermana y a mi mujer, que se llevan de maravilla, y sus comentarios sobre la actualidad nos hacen saltar lágrimas de risa.

Pero Walter sigue deprimido. Tiene una expresión fatal, cada vez más triste. Galdós trae a la granja a un médico rural conocido que enseguida se interesa en el caso de Walter. Es un gran tipo, y empieza a venir todos los fines de semana. No nos cobra nada; su mujer viene también para charlar con mi mujer y mi hermana. Entonces resulta que el médico rural, Kito y Galdós, charlando amenamente alrededor de Walter, fumando y comentando tonterías para animarlo un poco, terminan teniendo una gran charla de negocios, y emprenden juntos una nueva línea de cereales bajo la firma de Kito, pero en la granja de Galdós, y con una receta más saludable propuesta por el médico. Yo me sumo al proyecto y tengo que estar en la granja casi todos los días, así que cuando mi mujer queda embarazada nos mudamos también a la granja, y nos traemos a Walter, que prácticamente no opina sobre los cambios. Nos alivia que esté acá con nosotros, verlo sentado en su silla, saber que está cerca.

Los nuevos cereales se venden muy bien y la granja se llena de empleados y compradores mayoristas. La gente es amable. Parecen confiar ciegamente en el proyecto y hay una energía optimista que sigue teniendo sus momentos de esplendor los fines de semana, cuando el asado cada vez más concurrido de Galdós empieza a dorarse en las parrillas y todos esperamos ansiosos con las copas en la mano. Y ya somos tantos que casi no hay un segundo en el que Walter se quede solo; siempre hay alguien disputándose la responsabilidad de estar cerca de él, hablarle alegremente, contarle las buenas noticias, demostrarle lo feliz que se puede llegar a ser.

La empresa crece. El cáncer de Kito desaparece y mi hijo cumple dos años. Cuando lo dejo a upa de Walter mi hijo sonríe y aplaude, y dice soy feliz, soy muy feliz. Tía Claris viaja con el capataz por toda Europa; cuando vuelven van con mi hermana y Galdós al casino; con el dinero que ganan hacen una sociedad y compran las líneas de cereales de la competencia. Para año nuevo la empresa invita a casi todo el pueblo que rodea la granja —porque ya prácticamente todos trabajan acá—, y a los mayoristas, los amigos y los vecinos. El asado se hace a la noche. Una banda toca en vivo ese jazz de los años treinta que te hace bailar como si fueras un negro. Los chicos juegan a enredar las sillas y las mesas con las guirnaldas.

Yo hace tiempo que aparto cada tanto a mi hermano, o busco un momento en el que estemos tranquilos, y le pregunto qué le pasa. Él se mantiene en silencio, pero deja automáticamente de mirarme a los ojos. Es

difícil preguntárselo ahora, porque ya son las doce en punto y con el brindis tiramos fuegos artificiales, de esos que iluminan todo el cielo, y la gente grita y aplaude con cada explosión. Entonces siento algo: todo me parece más suave y gris, y no puedo dejar de pensar en qué es lo que le pasa, eso que parece tan terrible.